

# Historias de vida de mujeres migrantes y desplazadas



Grupo Sociedad Civil

© Grupo Sociedad Civil



Grupo Sociedad Civil

© ACNUR



**María Eugenia Ramos**

Recopilación

**Agradecimientos especiales:**

Esta cartilla contó con la revisión técnica de las siguientes personas. Sus aportes fortalecieron indudablemente esta propuesta metodológica

**Johanna Reina**

Oficial de Protección Asociada del Alto Comisionado de las Naciones Unidas para los Refugiados (ACNUR) Honduras.

**Ixchel María Isidro**

Asistente Senior de Protección del Alto Comisionado de las Naciones Unidas para los Refugiados (ACNUR) Honduras

**Jessica Sánchez**

Directora ejecutiva de Grupo Sociedad Civil

**Víctor Manuel Morales Rodas**

Coordinador de proyectos Grupo Sociedad Civil

**Francis Paola Flores**

Monitoreo y seguimiento Grupo Sociedad Civil

**Johanna Burgos**

Edición y corrección de estilo

**Enlaces:**

Sandra Ruíz

**Karen Medina**

Diagramación y diseño

**Karina Cárcamo**

Administración

Las opiniones expresadas en esta publicación son responsabilidad únicamente de las personas entrevistadas, y no reflejan necesariamente los puntos de vista de GSC ni del ACNUR.

Todos los derechos reservados

© Grupo de Sociedad Civil

Septiembre de 2021

Colonia Altos de la Elvel, casa n.o 9

Contiguo a Central de Cooperativas Cafetaleras de Honduras Tegucigalpa, Francisco Morazán.

Sitio web: <https://gruposociedadcivilhn.org/>

correo electrónico: [gscivil.comunicacion@gmail.com](mailto:gscivil.comunicacion@gmail.com)

Tel. (504) 2262-9818

## Contenido

Contenido.....	1
Siglas y acrónimos.....	4
Karla Meléndez.....	8
Karen Johana Cruz.....	10
Angie Milena Mejía Orellana.....	12
Esperanza de Vida.....	15
Kendra Rubio.....	17
Nataly Zelaya Ortega.....	20
Rihanna Ferrera.....	23
Grisel Espinoza.....	25
Marleny Ruíz.....	26

## Siglas y acrónimos

<b>ACNUR:</b>	Alto Comisionado de las Naciones Unidas para los Refugiados
<b>AFET</b>	Asociación Feminista Trans
<b>ASJ</b>	Asociación para una Sociedad más Justa
<b>GSC</b>	Grupo Sociedad Civil
<b>DNI</b>	Documento Nacional de Identificación
<b>DPI</b>	Dirección Policial de Investigación
<b>FESITRANH</b>	Federación Sindical de Trabajadores
<b>LGBTIQ+</b>	Lesbianas, gays, transgénero, transexuales, bisexuales, intersexuales, queer y otras poblaciones de la diversidad
<b>MDR</b>	Movimiento de Diversidad en Resistencia
<b>MS</b>	Mara Salvatrucha
<b>OIM</b>	Organización Internacional de las Migraciones
<b>PC</b>	Penitenciaría Central
<b>VIH</b>	Virus de Inmunodeficiencia Humana

## Presentación

Las mujeres del mundo pasamos la vida empujando la esperanza y enfrentando emergencias que nos obligan, una y otra vez, a cuidar y cuidarnos. El equilibrio de la casa, el barrio, el municipio, el país y el mundo parecen ser exclusiva responsabilidad nuestra. No hay ninguna mujer que no haya estado, al menos una vez en la vida, en una situación de emergencia que debió atender: desde una pelea doméstica o no tener con quien dejar los hijos e hijas mientras trabaja, hasta salvar su vida y la de su familia de los efectos de un huracán cuyo ojo se estaciona en el país o de una tormenta tropical que arrasa con casas y cultivos. En esta pandemia la presión y responsabilidad se ha agudizado, ya que el cuidado de hijos e hijas, personas mayores, trabajo remunerado y no remunerado, cultivos, defensoría, entre otras acciones que realizamos las mujeres, se han concentrado en un solo espacio. Otras han tenido que desplazarse de su comunidad o vivienda por causa de la violencia que abraza a nuestro país. Este contexto ha puesto a prueba la resiliencia de las mujeres en todo momento. Ni hablar de las secuelas.

En este país, con nombre de mujer como diría la poeta Juana Pavón, ese es el quehacer del día a día, con variaciones: un año es la sequía, otro son las elecciones, otro las inundaciones, en este y el anterior la pandemia y así, año con año, las mujeres vamos salvándonos de los tejados, desplazándonos de lugar, visitando los albergues, reuniéndonos poco a poco en grupos pequeños y con pruebas rápidas por seguridad para finalmente, reconstruir. Reconstruir casas, redes, siembras, familias, a nosotras mismas. Esta última frase es la que hemos llegado a conocer como resiliencia; esa capacidad que poseemos las mujeres de enfrentar la adversidad y recuperarnos, aún con todo y heridas. Es cantarle al mar con un caracol, como fuerza de vida, después de una llena; porque entendemos que es parte de un ciclo de abuso de los poderosos ante nuestros recursos frente a nuestra capacidad de regeneración. Es la habilidad de no sucumbir y construir en «andamios la esperanza» después de un ciclo de violencia doméstica frente al que no creemos que vamos a sobrevivir. Somos resilientes, porque albergamos la posibilidad de salir o sacar vivos a nuestros familiares de los colapsados centros públicos de salud, a la vez que hacemos duelo, por aquellos al que el sistema de sanitario les falló o que simplemente, debido a la gravedad y a pesar de todos los esfuerzos, sucumbieron ante la COVID o enfermedades relacionadas. Es tener la capacidad de decir gracias y reinventarse ante las situaciones difíciles que enfrentamos cada día.

En este contexto, hay mujeres que resisten y se regeneran a sí mismas y a otras. A estas mujeres les llamamos defensoras, para darles un nombre, pero en realidad son mujeres espíritu, mujeres palabra, mujeres activismo, mujeres sol, luz, ventana. Su fuerza, por elección es desafiar al sistema que dice que no se pueden reflejar como un espejo, en la otra, que no se puede, ni se debe ayudarla ser solidarias con otras mujeres y ayudarlas a rehacerse personal y colectivamente. Pero cada vez ahí están, apoyando a otras mujeres, incomodando con su voz y su reclamo de justicia, con un grito que ya se escucha en todo el mundo. La mayoría de las veces, parece que las mujeres, en particular las defensoras, tienen cualidad de volverse “invisibles”, porque no son nombradas, ni siquiera mencionadas. Se asume que están allí, para hacer el trabajo que nadie quiere hacer y cuidar, reconstruir, resistir en el silencio y sin dejar rastro.

Por ello, para el Grupo Sociedad Civil (GSC), compuesto y liderado por defensoras, esta es apenas una muestra, un pequeño homenaje para visibilizar la vida y fuerza de las mujeres aquí presentadas. Agradecemos a María Eugenia Ramos y al equipo que trabajó en este texto, así como a las defensoras que accedieron a compartirnos sus historias. Es nuestro sueño, que este libro, sea el primero de muchos, que llegarán para construir parte de esa historia olvidada y dejada de lado: el de las mujeres hondureñas y su aporte constante a no dejarse vencer por las adversidades, a vestirse de resiliencias y seguir creyendo, aportando a la construcción de esta patria/matria grande.

*Jessica Sánchez*



## Prólogo

Las historias contenidas en estas páginas dan testimonio<sup>1</sup> de lo difícil que puede ser subsistir en un país azotado por el narcotráfico, la corrupción, la pobreza y los desastres naturales, donde pareciera que el significado de la vida humana ha perdido valor. Las mujeres que comparten estos testimonios han sobrevivido a uno o más de los episodios más traumáticos de la existencia humana: la migración y el desplazamiento forzado, que implican dejar atrás en un instante toda la vida que conocían, renunciar a sus pocas posesiones, y huir para escapar a la muerte, hacia un destino incierto.

Mujeres, ya sea porque biológicamente es el sexo con que nacieron, o porque es su identidad de género, la mayoría de las entrevistadas tiene como denominador común un entorno caracterizado por la pobreza, la falta de oportunidades y la discriminación. Las mujeres trans, además, deben sobreponerse diariamente al rechazo, agresiones y burlas, con la esperanza de que en el futuro se fortalezca la inclusión, con el reconocimiento legal de su identidad.

Hacer estas entrevistas fue un proceso difícil, por varias razones. No es posible dejar de conmoverse al escuchar las voces de quienes lo han perdido todo y se aferran a la más pequeña esperanza, como la sonrisa inocente de su hijo, o el abrazo y palabras de aliento de otra mujer que habla con ellas. Algunas de las entrevistadas nos pidieron cambiar su nombre u omitir partes de su relato, porque continúan en situación de inminente peligro. En algunos casos, incluso han recibido ofrecimientos de ayuda, a cambio de favores sexuales. Al escucharlas y leerlas tomamos conciencia de que derechos fundamentales como el sustento, un mínimo de salud y un techo, en la realidad cotidiana de un país como Honduras ya no se reconocen como derechos, sino que se convierten en privilegios.

En Honduras, el derecho a la vida y a la integridad física son utopías en los territorios controlados por maras y pandillas. Negarse a vender drogas, a pagar el impuesto de guerra, o caer en el radar de los jefes por cualquier otra razón, puede ser una sentencia de muerte, y es una de las principales razones del desplazamiento forzado. «Me tocó recoger los dedos cortados de mi papá, los pedazos de mis hermanos», dijo una de las entrevistadas, y afirmó dolorosamente: «Yo ya no espero justicia».

Pero hacer justicia, no solo individual, sino colectiva, es una obligación que tenemos como sociedad. Resarcir a las víctimas, darles el apoyo psicológico, material y moral que necesitan, ayudarles a encontrar nuevas oportunidades, para ellas mismas y para sus hijos e hijas, cortando los ciclos de violencia, son acciones fundamentales en un nuevo proyecto de país en el que todas, todos y todes debemos involucrarnos.

A pesar de su carga de horror y violencia, estas historias también son testimonios de una profunda y asombrosa resiliencia. Estas mujeres han sobrevivido, y hoy alzan su voz, demandando justicia por sus muertos, por sus propias vidas que han sido detenidas o torcidas, por las vidas y el futuro de otras mujeres. Muchas de las entrevistadas, desde muy jóvenes, ya tenían vocación de liderazgo, y otras han logrado desarrollarla y fortalecerla desde diversos espacios.

Mi agradecimiento a Grupo de Sociedad Civil, a Jessica Sánchez, Víctor Morales, Paola Flores, Sandra Ruiz, Karina Cárcamo, por la confianza de permitirme recopilar estas historias, brindándome todo el apoyo logístico necesario. Agradezco también a mi amiga Carolina Torres, que me apoyó en la transcripción. Mi especial reconocimiento a las mujeres entrevistadas por aceptar compartir momentos muy dolorosos de sus vidas. Me enorgullece haberlas conocido.

Espero que la publicación de estas historias sea parte de una estrategia integral que promueva vidas dignas y seguras, para que migrar sea un derecho, en busca de mejores oportunidades, y nunca más la pesadilla de escapar sin rumbo en mitad de la noche.

*María Eugenia Ramos*

1 Los nombres de las personas entrevistadas fueron cambiados por su seguridad.

Soy Karla Meléndez. Nací en la ciudad de San Pedro Sula, el 2 de octubre de 1996; tengo veinticinco años. Soy una mujer trans.

En 2018, unas personas de un grupo antisocial nos solicitaron, a mi hermano y a mí, que trabajáramos para ellos distribuyendo drogas. Como nos negamos, nos dijeron que debíamos irnos. Mi mamá pudo enviarnos a otro lugar, y luego regresamos porque pensamos que esas personas ya no estaban. A finales del 2018, mataron a mi hermano. Yo me quedé allí, pero desde ese momento me amenazaron y persiguieron. En abril del 2020 me dieron una golpiza, diciéndome que yo sabía lo que había hecho, que yo trabajaba con policías, que a ellos no les parecía tener culeros en su sector, y todo tipo de insultos soeces.

Yo me quedé porque no tenía otro lugar a donde ir. Interpuse la denuncia en ante las autoridades; supuestamente había una investigación en curso, pero a mí nunca me informaron o llamaron para nada. En febrero de este año (2021) volvieron a golpearme así que volví a interponer una denuncia, pero esta vez por medio una organización de base trans y me apoyaron en este proceso. Gracias a ellos tuve contacto con una organización extranjera, que me ha apoyado desde entonces, y les estoy muy agradecida. Un día antes de la entrevista con ellos, esas personas antisociales se metieron a mi casa, rompieron la puerta y me dijeron que ya no podía estar más allí, y que si me quedaba esa era la última advertencia porque no me iban a tolerar ni soportar más.

Al día siguiente fue la entrevista con el representante de la organización, y yo le expliqué a él mi situación, porque me estaban además exigiendo que les entregara dinero de forma semanal, y yo ni siquiera tenía un trabajo, así que creo que lo hacían por presionarme para que me fuera antes. Yo quería salir de allí, pero no tenía un trabajo, no tenía un lugar donde irme, ya que, debido a mi proceso de transición, no tengo buena comunicación con mi familia. No es que esté cortada la relación, pero hay limitantes que no me permitían decir: -me voy a ir donde ellos-. La organización extranjera me apoyó para que pudiera movilizarme lo más rápido posible. Me cambié en cuatro ocasiones, pero fueron a buscarme a un lugar donde trabajaba por paga diaria. En la última ocasión me persiguieron, tuve que refugiarme en un centro comercial. Ya después, por mi seguridad y de la persona que me daba trabajo, decidí no volver al lugar.

He dejado de frecuentar lugares; ya no puedo ver a la familia con la que me llevaba en donde yo antes vivía. Actualmente, puedo decir que estoy más tranquila, pero siempre tengo el temor de andar en la calle, porque pienso que me van a ver, o me van a seguir, o cualquier cosa de esas. Ha sido de mucha ayuda poder haberme cambiado de domicilio.

Esta situación ha sido bastante difícil para mí en la parte psicológica y personal. Por ejemplo, *a veces a una se le quita hasta el hambre, por estar pensando en qué puede pasar, cómo va a ser, o si estoy en peligro todavía. Llega hasta el punto de que ni siquiera puede una dormir.*

Últimamente me he sentido más segura, aunque sinceramente podría decir que ese desorden que me dejó la situación no se supera de un momento a otro, pero yo sigo tirando para adelante pensando en cómo puedo cambiar mi situación.

En la parte social, prácticamente me tocó alejarme de toda la gente con la que yo me rodeaba, incluso con la poca familia con la que tenía una muy buena relación. En la parte económica, pues lo poquito que hacía no lo puedo hacer aquí donde estoy. Una organización me ayuda con actividades puntuales, como dar charlas, capacitaciones, y así puedo tener un pequeño ingreso. Esta violenta persecución afectó bastante todo mi círculo de vida.

De mi familia, solo mi mamá y mi papá tienen conocimiento de esta situación. El último día que estuve allí fue cuando fui a dejar unos documentos de la denuncia. La directora de la

---

1 Nombre cambiado a solicitud de la entrevistada, por razones de seguridad.

organización me fue a dejar a mi casa. Cuando llegamos, había un grupo de personas frente a mi casa, y de forma agresiva me querían bajar del vehículo; esas personas estaban golpeando a una pareja. Me bajé y me agarraron, me amarraron, me quitaron mi teléfono y dijeron que me iban a llevar con ellos. Me decían que yo trabajaba con las autoridades de seguridad, que ya no me querían ver con mis “culeradas”, porque yo en mi casa normalmente usaba blusas de tirantes, porque así me sentía más fresca y relajada; nunca imaginé que alguien se iba a sentir afectado por eso. Cuando ellos nos llevaban a mí y a la pareja a la montaña que es el lugar donde recientemente encontraron unos cuerpos enterrados, entró una patrulla de policía y hubo un gran desorden; al final terminó muriendo el hijo de mi pareja.

Yo no he trabajado con la policía, es más no es un lugar donde acepten a una mujer trans, y peor en Honduras; sin embargo, esas acusaciones fueron la gota que derramó el vaso. Yo hablé con la persona de la organización que me llevó ese día, y ellos se movilizaron buscando de qué forma me podían sacar de la colonia, porque la policía solo nos desamarró y se fueron tras los agresores. Solo nos dijeron que saliéramos de allí, pero no podíamos salir, porque en la entrada estaba otro grupo de ellos. Yo me quedé dentro de la casa de una persona con la que yo me llevaba muy bien, desde la una de la tarde hasta como las diez de la noche, y llamé a otra persona que, arriesgándose, me fue a sacar del lugar. Desde ese día no regresé.

Ha sido bastante difícil, ha habido algunas personas que me han apoyado de forma directa y eso me dio el valor para poder seguir, antes de poder comunicarme con la organización internacional que me estaba ayudando, yo había dejado prácticamente todo tirado porque era elegir entre mis cosas o mi vida. Justo me contactaron para decirme que me iban a apoyar con el traslado a otro lugar, dentro de lo que cabe estoy bien porque sigo viva.

Hace como un mes participé en una reunión en línea con la Mesa de Mujeres Migrantes y Desplazadas, y sé que es muy beneficiosa para nosotras.

Yo no soy una persona que se pueda considerar de tanta edad o con tanta experiencia, pero *me atrevería a decir que el primer consejo que les doy a las mujeres que estén pasando una situación como la mía es que traten de buscar ayuda lo antes posible; que no dejen que el tiempo se les venga encima, porque después es demasiado tarde para tratar de solucionar estas cosas. Yo sé que se escucha tonto, pero nada de lo que uno tiene vale tanto como la vida.*

Sinceramente, considero que en mi experiencia hay una gran lección, un aprendizaje amplio, y que puede servir de ejemplo para muchas de nosotras, porque, así como yo estoy pasando esta situación, tal vez hay compañeras que estén pasando una situación mucho peor, y esto puede servirles de ejemplo y ayuda.

Hace unos años me gradué de la secundaria, y justamente cuando esto inició había ingresado a la universidad para sacar Psicología. Lastimosamente, por la situación no pude continuar, pero siempre lo tengo en mente. Mi mamá me decía: no importa cómo seas, sino que siempre trates de ser mejor que ayer, y que trates de ayudar a las personas; siento que en la parte social está mi vocación. Sé que esforzándome voy a cumplir mi sueño de terminar esa carrera. Teniendo la vida, no todo está perdido.



## Karen Johana Cruz

Soy Karen Johana Cruz. Nací el 6 de mayo de 1969 en Tegucigalpa. He sido trabajadora sexual desde hace 32 años. Estoy organizada, soy la vicepresidenta de la una organización que apoya a trabajadoras sexuales y soy defensora de derechos. Acompaño a mis compañeras en todos los procesos en que puedo acompañarlas.

Tuve cuatro hijos, me tocó ser madre soltera. Los dos mayores me los quitaron mis padres y se criaron con rencor hacia mí, porque ellos fueron producto de una violación. Yo no estaba preparada para criarlos, y después tomé la decisión de ser trabajadora sexual desde muy temprana edad, cuando quizás no estaba en un momento de decidir. Ya después tuve a mis otras dos hijas, y afronté todas las situaciones que he vivido, de discriminación, estigma, violencias por parte del papá de ellas. Por eso lo dejé y denuncié. Salí adelante por medio del trabajo sexual.

Mis hijas ya están grandes. Con la que más conviví es con la tercera, que ahorita se fue forzosamente del país, y la pequeña que tengo, de 28 años, todavía no se ha casado, pero ya vive independientemente, trabaja, estudia, y en lo que ella puede me apoya.

Hace un tiempo me tuve que movilizar de mi colonia a otra, debido a una serie de situaciones que vivimos con mi hija. Ella tenía primero problemas con su pareja, vivía en violencia intrafamiliar; a veces yo me tenía que meter, y otras tenía que callarme, o me corrían. Después, mi hija había puesto una pulpería y empezó a recibir amenazas, que hasta la fecha no sabemos si era de parte de la pareja o de otras personas. Nos pasaron muchas cosas en menos de tres meses, incluso mi hija fue atropellada, con mi nieta mayor.

*Mi hija me preguntó qué hacíamos, porque ella tenía temor y no sabía por qué le mandaban amenazas. Tuvimos que quitar la pulpería y ver para dónde nos íbamos; ella se fue, y yo me tuve que desplazar de mi colonia a otro lugar, donde ahora habitamos con las dos hijas mayores de ella.*

Acá estamos dándole gracias a Dios por el apoyo que tenemos de algunas organizaciones y de algunas personas de la comunidad. En algunos momentos me movilizo a Tegucigalpa, pero siempre camino con temor, cuando tengo que venir a hacer mis mandados o a comprar algo de comida, porque no tengo a nadie más, solo somos yo y mis dos nietas.

He tenido acompañamiento de varias organizaciones de la sociedad civil, que me han apoyado algunas veces con kits, con alimentación. Como soy representante de un sector de trabajadoras sexuales, de mis compañeras, entonces hago alianzas con algunas organizaciones para poder apoyarlas a ellas.

Yo, a veces les doy mi testimonio a las compañeras, estamos empoderándolas sobre que debemos denunciar. Yo, por ejemplo, recibí un atentado contra mi vida en el 2006 o 2007, pero gracias a Dios estoy viva. Tenemos que dedicarnos al trabajo sexual para sacar adelante a nuestras familias, porque la mayoría son madres solteras que no tienen ayuda de nadie. Algunas no pasaron ni la primaria. Yo, por ejemplo, ya adulta pude sacar mi primaria completa, y ya en 2017, 2018, pude llegar hasta bachillerato, y me gradué a distancia.

*Mis compañeras, cuando tienen algún problema, se abocan a mí, y siempre estoy disponible para ellas. En algunos momentos he tenido temores, pero es la labor que a mí me gusta, apoyar a mis compañeras. Siento el dolor que ellas viven, en las situaciones que estén pasando.*

Les aconsejo a las mujeres que estén viviendo situaciones parecidas que busquen apoyo psicológico y emocional, que busquen a las organizaciones aliadas que trabajan en apoyar a las mujeres. Quizá eso fue lo que me faltó a mí, tener el conocimiento de estas organizaciones que me pudieran ayudar en el momento preciso. Hasta ahora que he estado participando con diferentes instituciones y organizaciones me he dado cuenta de que realmente mis problemas en algún momento tuvieron solución.

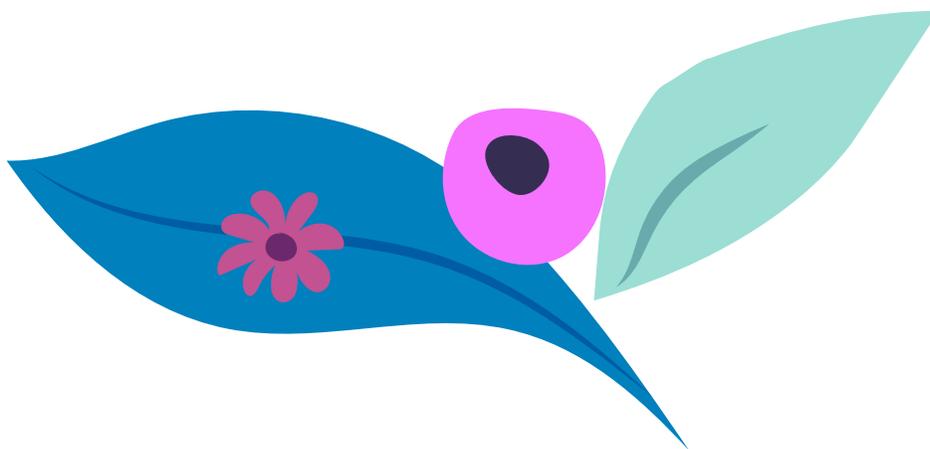
Primero Dios, en un futuro quisiera vivir una vida tranquila, ver realizadas a mis nietas; ojalá

que un día nos podamos reunir con mi hija y estar juntas las cinco. Le pido a Dios que todo esté bien, y que tratemos de salir adelante frente a cualquier situación; Él es quien tiene la última palabra de lo que puede pasar en nuestras vidas.

Me alegra y me conforta saber que estoy participando en esta parte para que otras mujeres puedan superar, puedan seguir adelante. A pesar de las problemáticas o la situación que vivamos, tenemos que salir adelante por nuestra familia, por nuestras hijas, por nuestros nietos, porque eso es lo que nos va a quedar, es el legado que les vamos a dejar, para que ellos aprendan a afrontar la vida de diferente manera.

*Me gustaría agregar que siempre haya sororidad entre nosotras las mujeres, que no nos discriminemos unas con otras, sino que nos apoyemos. No importa a qué nos dedicamos, porque siempre seremos mujeres a pesar de las diferencias. A veces las trabajadoras sexuales hemos sido bastante discriminadas, pero mi trabajo me ayudó a salir adelante con mis hijas. El estar organizada me ayuda a apoyar a otras compañeras que viven las situaciones que yo viví antes. Ahora puedo defender esos derechos que en algún momento fueron violentados, y me quedaba callada y soportaba las violaciones porque no tenía conocimiento.*

Gracias a todas las personas que nos han estado apoyando en darnos conocimiento, porque hay cosas que uno nunca deja de aprender, y a mí me gusta aprender para poder compartir con mis compañeras.



## Angie Milena Mejía Orellana

Soy Angie Milena Mejía Orellana. Nací el 9 de septiembre de 1981 en Cortés, en los campos bananeros específicamente. Soy una mujer trans.

Yo vivía en los campos bananeros, pero esta comunidad tuvo un problema con una de las empresas que cultivaba diversos productos en la zona. Mi mamá y mi papá fueron parte de esa lucha social e indirectamente yo también fui parte, porque siempre andaba apoyándolos. Hubo un conflicto entre la comunidad y el Campo Tacamiche, pero llegaron a un acuerdo y nos reubicaron en San Manuel, Cortés, que es donde actualmente vivo.

Cuando asumí mi identidad y expresión de género, tuve conflictos dentro de mi espacio con mi familia, y me dirigí a La Lima. Allí viví como seis años, pero producto de una situación de violencia y persecución por parte de las maras tuve que abandonar ese lugar. Por medio de sensibilización y apoyo, pude entablar de nuevo una buena relación con mis papás, y regresé a la casa.

Nosotras, las mujeres trans, aunque tengamos conocimiento de muchas cosas no contamos con empleo, por la discriminación social y empresarial. En todos los sectores nos discriminan.

*Lo primero que recibimos cuando buscamos empleo es discriminación y odio. Entonces, yo ejercía el trabajo sexual, y pues ellos [las maras] siempre lo buscan a uno para que distribuya las sustancias que ellos venden, porque saben que los clientes que nos buscan consumen este tipo de sustancias, y entonces nosotras somos puntos clave para que les vendamos. Yo no estaba de acuerdo con esto.*

Hacía el trabajo sexual porque no me quedaba de otra, porque yo tengo que subsistir. No puedo tener empleo y tampoco puedo emprender, porque no hay apoyo a la mujer trans, y yo tuve que abandonar ese lugar. Anduve rodando, pero luego llegué a una organización donde se me brinda apoyo y desde ese momento ha generado un pequeño cambio en mi vida.

Cuando volví acá, mi mamá tenía una pulpería, y nos volvieron a extorsionar; las pandillas la buscaban a ella por el impuesto de guerra. Vienen estos tipos y se apoderaron del sector en que estábamos; llegaron a la casa y hubo hostigamiento. Nosotras, siendo rebeldes, porque mi familia tiene una trayectoria de lucha con la transnacional, también estábamos en desacuerdo con esto. Yo nunca he estado de acuerdo en trabajar con esas personas ni en tener un nexo con ese tipo de gente. No quedó de otra que quitar la pulpería, y mi mamá tuvo que partir del país. Me vi obligada a irme de ese lugar, y mi mami ya tiene nueve años en Estados Unidos, producto de la situación.

Cuando a mí me sucedió eso, yo no visitaba las organizaciones, porque en lo social solo me relacionaba con mis amistades, e ignoraba el apoyo que se brinda dentro de estas instituciones. Llegué a la organización hace siete años, cuando dijeron que podía visitar este lugar para recibir apoyo psicológico o de otro tipo. Estamos muy agradecidas con esta organización porque siempre nos han apoyado, siempre han estado allí con nosotras. Y no solo yo he recibido apoyo, sino que mis compañeras también han recibido kits de bioseguridad, incluso hasta alimentación hemos recibido por parte de ellos.

*Nosotras, dentro de nuestros espacios, siempre hemos incidido, hemos hecho propuestas, como la Ley de Equidad e Igualdad de Género, que está en el Gobierno, pero no ha sido aprobada. Tenemos también la Ley de Identidad de Género, que tampoco ha sido aprobada, y que generaría un cambio en nuestras vidas. Por parte de estas personas tendrían que crear leyes más inclusivas.*

Nosotras últimamente recibimos odio por parte del Gobierno. No tenemos otra salida que trabajar desde nuestros espacios para incidir y enlazarnos con otras organizaciones para que nuestras luchas salgan adelante; por eso nos sentimos honradas de formar parte de varias plataformas donde hemos recibido apoyo y consideramos que seguiremos.

Nos sentimos muy honradas de formar parte de la plataforma, y con otras instituciones, porque realmente vemos que sí se preocupan por nuestros derechos, y que realmente nos quieren apoyar. Pensamos que se deben crear propuestas para que el Gobierno las apruebe,

y por parte de ellos que nos aprueben nuestras leyes y hagan leyes inclusivas. Sabemos que en el contexto es algo que no va a suceder, porque sabemos quién gobierna y quiénes quieren gobernar; en sus discursos son transfóbicos, homofóbicos, generan violencia y odio contra nosotras como población.

Hay muchas estrategias que hemos implementado en cuanto a generar empleos. Nos hemos dirigido a la empresa privada y al sector público. Hemos sensibilizado, pero nunca recibimos una pronta respuesta positiva. Quizá ha habido un cambio mínimo de tolerancia para las personas diversas, pero siempre recibimos discriminación, no se nos da oportunidad de trabajar.

Cuando vivimos estas situaciones de violencia lo primordial es buscar apoyo, porque a veces hay situaciones que no las podés manejar. Lo primero que hice cuando sucedió la situación fue irme, por seguridad. Yo sabía que esas personas, al negarme, me iban a presionar más. Si estás en una situación de violencia, lo primero es buscar ayuda. No dudemos en denunciar y buscar también ayuda psicológica. Dentro de estos espacios feministas o dentro de las organizaciones diversas siempre hay apoyo, a veces no como se quisiera brindar, porque en ocasiones solo se puede proporcionar ayuda psicológica, porque el presupuesto no da para más, por ejemplo, dar para alimentación, pero a veces otras instituciones logran generarlo; el trabajo entre organizaciones se apoya entre sí para resolver situaciones.

Nosotras hemos identificado cómo, después de la pandemia, nuestra salud mental está afectada, y como organizaciones buscamos apoyar. Nosotras apoyamos a trabajadoras sexuales y ellas no podían trabajar, quedaron sin nada, y cuando llegaban a los albergues recibían discriminación; vivieron violencia sexual, violencia verbal, física. Nosotras les hemos apoyado dentro de lo que podíamos, y también recibieron apoyo por parte de Instituciones, organizaciones que se ocupan de los derechos y de estas problemáticas.

*Para nosotras, como mujeres trans, ha sido un reto, en especial como organización el formar estos espacios feministas, porque incluso dentro de estos espacios hemos recibido discriminación, por el simple hecho de que hay otras organizaciones que no nos aceptan como mujeres por no procrear, por no tener una vagina, por un tema biológico. Pero eso no ha sido motivo para que nosotras abandonemos la lucha. Nosotras demostramos y apoyamos la lucha de ellas, porque consideramos que es justa, y la de nosotras también. No ha sido fácil, pero allí estamos.*

Por parte del Gobierno no hay programas inclusivos que nos apoyen. Por ejemplo, ; siempre hemos tenido problemas con ellas. Pedimos formar parte de la plataforma, y siempre nos niegan. Nosotras no contamos con un espacio como mujeres. Soy parte del Movimiento de Diversidad en Resistencia (MDR)<sup>2</sup>, y desde allí, hemos querido incidir para una Casa Refugio exclusiva para diversidad, porque necesitamos espacios.

*Sé que tal vez la situación y los derechos por los que estoy peleando no los voy a gozar yo, pero pienso en la próxima generación, para que no vayan a vivir la situación que yo viví en cuanto a violación de derechos humanos, y que por lo menos tengan una vida en que mejoren las condiciones de todos los espacios sociales de nosotras las mujeres trans en el país.*

Quiero mencionar el caso de Vicky Hernández, que viene a repercutir en muchas cosas por la sentencia que se da al país, donde directamente se le da un plazo específico para la aprobación de la Ley de Identidad de Género. Nosotras sabemos que no habrá una aprobación completamente de esta ley, pero se ha incidido, por ejemplo, en el cambio de la fotografía en el documento nacional de identificación, donde ya salimos como realmente somos, sin quitarnos el maquillaje ni nada. Que hayan quitado el sexo en la tarjeta ha generado un pequeño cambio; ahora, en un registro, nos ven en el DNI como somos. Esto fue un logro de muchas organizaciones, como un acuerdo con el Registro Nacional de las Personas, en parte por el caso de Vicky. Vamos paso a paso, hasta el cambio de nombre.

Quisiera también agradecer a organizaciones e instituciones que se preocupan por nuestra situación, porque siempre hemos recibido apoyo por parte de estos organismos, y estamos

<sup>2</sup> El Movimiento de Diversidad en Resistencia (MDR), un espacio organizado por personas LGBT+ que han lanzado a nivel nacional una Escuela de Empoderamiento Económico para personas LGBTI+ de Honduras.

trabajando algunos programas en coordinación. Nosotras, en este momento, conformamos el Comité del Valle de Sula, la Mesa de la Mujeres Migrantes y Desplazada. Además de pertenecer al Movimiento de la Diversidad en Resistencia, estoy coordinando el grupo Frida Trans dentro de una asociación feminista trans. Estamos ejecutando dos proyectos feministas, y esperamos que se nos abran muchas otras puertas para seguir trabajando por la reivindicación de los derechos humanos de la población LGTBQ+.



## Esperanza de Vida

Soy Esperanza de Vida. Nací el 29 de agosto de 1977 en San Pedro Sula.

El año antepasado sufrimos bastante, porque a mi hija le llegó una amenaza. En el sector donde nosotros vivimos, digo vivimos, porque ya volví, operaban las personas malas, los mareros. Una noche estábamos fuera de la casa, pero nos metimos porque miramos uno que otro cipote; ellos nos miraron y nosotros con miedo nos metimos. Da la casualidad de que ellos iban a hacer algo ese día en la mera esquina de mi casa. Ya estábamos encerrados, *pero a mi hija se le había quedado afuera el celular, en una hamaca. Salió a buscarlo, con la luz de otro teléfono encendida para poder verlo. Ellos estaban viendo desde arriba y pensaron que estaba filmándolos en video. Y allí vino el problema, porque ese día mataron a un muchacho, y ellos creyeron que nosotros tal vez íbamos a informar o podíamos decir algo sobre eso.*

A la semana siguiente mataron a otro muchacho en una esquina, y esa vez mi hijo salió casi a las nueve de la noche. Yo me asusté y salimos a buscarlo. Mi hija salió con una amiga, y uno de ellos le dijo: “vení, quiero hablar con vos”, y le dijo que ellos pensaban que ella andaba un video y que andaba enseñando esas cosas. El cipote que le dijo nos conocía desde chiquito, le dijo a mi hija que me conocía a mí, me apreciaba, y por eso no quería que nos hicieran daño.

*Toda la semana se habían estado queriendo meter a asesinarlos, y él no los dejó. Le dijo a mi hija que si él caía preso a ella la iban a matar. Yo esa noche no pude ni dormir. Agarré mis dos trapos, que hasta en chancletas creo que iba. Empecé a llamar a mis amistades y mi familia, más que todo, para que me apoyaran.*

Es duro, porque yo ya tenía más de veinte años de estar viviendo aquí, y es duro que uno salga de su casa de esa manera. Una tía de mi esposo nos vino a traer en el carro, y nos fuimos a dormir en una colonia lejos de aquí. Al día siguiente me fui a agarrar un camión, y tuve el valor de irme a meter a esa casa para sacar mis cosas y llevarlas hasta La Ceiba. Allí estuve viviendo tres meses, pero no había trabajo. Mi marido no tenía trabajo, mis hijos no tenían trabajo; no teníamos cómo vivir, estábamos viviendo de arrimados con el papá de mi esposo. Yo tengo un horno y lo que hacía era hornear para vender pan de coco, semitas, y así más o menos pasábamos; también comida, porque siempre he vendido comida.

Después nos vinimos para acá. Una amiga mía me dio casita prestada para que yo viviera. Casi un año viví con ella, mientras mi marido conseguía trabajo. En eso estábamos, buscando trabajo, pero se vino lo de la pandemia, y fue peor la cosa. Nos decidimos a volver porque no había trabajo. Mi hijo ya se había venido, porque él trabaja en una carnicería, y los patrones con él son bien buenos; nos consiguió el dinero para volver.

Ya con la pandemia tuvimos a la familia apoyándonos. Hemos salido adelante, y yo he regresado aquí a la colonia, a mi casa, porque mi amiga ya me estaba pidiendo su casa y yo no tenía para donde irme. Regresé aquí, porque averigüé que ya no había ese tipo de gente. Algunos muchachos cayeron presos y a otros los mataron, y anda uno que otro por allí, pero, primero Dios, creo que aquí no se meten.

A la semana que nosotros nos fuimos, nos dimos cuenta de que al muchacho que nos había dicho eso lo habían metido preso.

*Si yo me hubiera quedado, mi hija ya no estuviera, porque la amenaza era que si él caía preso a ella le pasaba lo mismo que al muchacho que habían matado arriba. Gracias a Dios nos salimos a tiempo.*

Voy a cumplir ya un año de estar de vuelta. Gracias a Dios se mira otro ambiente, pero aun así uno siempre vive con el temor de muchas cosas. Es duro, pero ni modo, tuve que hacerme de valor para volver a mi casita. Yo la había dejado casi como abandonada. La encontré sin puertas, sin luz, el techo de atrás todo destartalado, pero como pude reuní un dinerito trabajando, y entre todos pudimos colocar las cosas, y me vine, pidiéndole al Señor que me cuide mi hogar y mis hijos, ante todo; son cuatro hijos que tengo, y es triste que a uno lo desplacen de esa manera. Eso fue en octubre, y mis hijos ya habían salido de la escuela, pero al siguiente año ya

no los pude poner aquí; fue un año perdido. Cuando volví, pude poner en la escuela al menor, que tiene 12 años.

Caí en una depresión bien fuerte cuando estuve en una organización de trabajadores de Honduras; pero sea como sea me fui levantando, porque en mi hogar siempre yo he sido la más fuerte, la que manda, la que resuelve las cosas; entonces, si yo caía, cómo íbamos a salir adelante, tenía que levantarme. Y aquí estamos en mi hogar, pidiéndole a Dios que nos cubra, porque las autoridades aquí no hacen nada. Uno no puede ir a las autoridades tampoco porque no se puede confiar, no se puede.

*La Mesa de Mujeres Migrantes y Desplazadas nos ha apoyado con psicólogos, nos han dado unos kits; siempre ellas nos apoyan. Pero yo digo que debería de haber un apoyo, no sé si del Gobierno, para las familias que sufren estas situaciones, porque hay mucha gente que no debe nada y está en esta situación, así como la mía, y no tener apoyo de nadie, ni de la familia es más duro.*

¿Cómo recurría a alguien, o alguna organización, o algún lugar, ni a la policía? Entonces, yo digo que deberíamos tener ayudas, como un centro, o una ayuda temporal, por unos meses, para las familias, o ayudarles a conseguir un trabajo, porque a veces uno no tiene ni un cinco para moverse.

Yo siempre he luchado por tener un pequeño negocio para poder salir adelante y pagar gastos de casa, o por lo menos impuestos, más que todo. Ahora mi marido todavía no tiene trabajo. Yo a veces hago ventas de comida, de tamales, porque me gusta hacer comida. Ayer casualmente, estuve haciendo una expoventa en otra colonia, vendiendo pastelitos, horchatas, cositas así. Mi esperanza es que mis hijos salgan adelante y, más que todo, tranquilidad, estar bien en el futuro.



## Kendra Rubio

Soy Kendra Rubio y nací el 30 de junio de 1997 en El Progreso, Yoro. Desde que tengo uso de razón me sentía más atraída por las cosas de niñas, en los juegos, y me gustaba juntarme solo con niñas; ya cuando era adolescente, según yo, era gay, pero cada vez había más un sentimiento de que no era yo la persona que miraba en el espejo, que no era yo la persona que usaba esa ropa. Cada vez sentía más ese deseo de convertirme en mujer, de querer expresar mi identidad de género. Mis papás ya sabían, pero según ellos era gay. Fue por un amigo travesti, que me dijo que yo debía pensar en mí y mi felicidad, que tomé la decisión, y vi que mis padres me aceptaban en mi proceso desde los 18 años.

*A veces me siento mal por los comentarios de la gente; una puede fingir que no importa, pero hay palabras que realmente duelen. Incluso unos familiares relacionaban el homosexualismo con VIH y la prostitución. Yo los he tratado de educar bastante en esos aspectos.*

Casi siempre he vivido en el mismo lugar, pero en el último año del colegio tuve que movilizarme, debido a la violencia. En ese tiempo vivía con mi mamá. A mí siempre me ha gustado la costura, y actualmente trabajo en eso. Teníamos un pequeño negocio y varias veces intentaron extorsionarnos.

*El punto detonante fue un día cuando entraron cuatro hombres armados a la casa y se llevaron todo. Nos encañonaron con las pistolas y nos agredieron. Ese fue el motivo por el cual tuvimos que irnos de allí y buscar la manera de sobrevivir.*

Fue un momento difícil, porque prácticamente no teníamos nada. Donde vivíamos era alquilado. Cuando uno tiene un negocio la mayoría de lo que se hace es para el diario vivir. Debido a esa situación, a veces lo que se ve como mejor salida es irse mojada para Estados Unidos. Lo intenté, pero reamente es un camino muy difícil y riesgoso cuando no hay apoyo de nadie, y tuve que volver. Mi mamá tiene una nueva pareja y vive aparte, pero aquí cerca, así que por el momento estoy viviendo sola y luchando, trabajando con la costura, que es mi día a día. También trabajo con una muchacha en las tardes, que me paga diario.

Fue un cambio drástico, porque no nos iba tan mal. Yo estaba en un buen colegio, como quien dice, teníamos lo suficiente para comer bien en el día, para comprar lo necesario. Pero después de la situación comenzamos de cero prácticamente, y no había cómo; yo aún no terminaba el colegio, mi mamá no era profesional, pero poco a poco salimos. Uno a veces pequeño no entiende lo que los padres hacen por uno, pero ya después uno ve que todo cuesta y que a veces hay que hacer grandes sacrificios.

Me tuve que cambiar a un colegio público, ya todo cambió. A veces no llevaba dinero y al comienzo se me hizo muy difícil, pero pienso que la vida así es, hay momentos buenos y malos. Terminé el colegio. A mi mamá le ayudaba un hermano desde Estados Unidos, y así pasábamos, hasta que yo aprendí de costura, y con eso me he estado defendiendo. Ahora no es que viva bien, pero tengo para lo suficiente, para comer. Siempre tengo necesidades, como todo el mundo, pero tengo lo necesario para vivir.

Antes de la pandemia, incluso me iba bien con la costura, pero desde la pandemia se vino todo abajo. Yo tenía miedo de la enfermedad y de lo que fuese a pasar, porque el todo mundo encerrado, la economía detenida; fue difícil. Para los huracanes mi casa no se llenó tanto, pero la de mi mamá sí, tuvieron que salirse y dejar las cosas allí con el agua hasta la mitad; ese fue nuevamente un momento duro, porque los empleos se vieron detenidos. Para la Navidad había mucha gente en la calle, había una herida reciente de tragedia. No trabajé mucho esa Navidad pasada.

Volviendo a la situación por la que me tuve que ir, estuve recibiendo amenazas durante casi dos años. Antes era un lugar bien sano, pero luego se empezaba a ver el movimiento de las drogas; de repente se miraba gente extraña que uno no conocía, y así fueron llegando llamadas

y anónimos. Recuerdo que hasta amenazaban pidiendo recargas. El temor fue creciendo más, hasta que tuvimos que irnos; aunque al final quizá fue algo bueno de Dios para salir de allí y dejar todo eso atrás.

Para muchas personas no es desconocida nuestra situación como mujeres trans. Somos visibles, y aunque se habla de inclusión, no la hay. Es muy difícil que una consiga un trabajo.

*Una vez, en una maquila, yo escuché cuando dijeron que tenía todo bien, pero que «así como yo era no me podían contratar»; lo intenté cuatro veces, sin éxito. Entonces, al ver que no tenía el apoyo de nadie, en 2016 decidí irme.*

Allá se lucha como acá, pero hay más oportunidades para las personas trans. Unas amigas que se fueron me dijeron qué buses tomar. Pero después, ya una sola, se ve encerrada sin dinero, sin lugar donde quedarse. Toca dormir en parques, aguantar hambre. No logré llegar a Estados Unidos. Íbamos en un grupo de personas, en buses y a jalones, pero a mitad de camino se empieza a ver que las cosas son más difíciles, hay mucho peligro. La mayoría desistimos, pero algunas están en México trabajando.

Me regresé y pensé: tiene que haber una manera de salir adelante aquí. Gracias a Dios, cuando vine tuve la oportunidad de tomar un taller de cosmetología, y aparte de lo que ya sabía de costura, ya con eso he estado subsistiendo este tiempo. Muchas se ven obligadas al comercio sexual, pero a mí me da miedo, tengo temor entonces para mí no fue una opción, pero cada quien lucha a su manera.

Desde mi regreso, como estoy viviendo en otra colonia, no he recibido extorsiones; pero como usted sabe, en todas las colonias hay pandillas y mareros.

*Una vez iba con otra amiga trans. Llegamos a una pulpería donde había un grupito, y nos pusieron una pistola diciéndonos que no querían ver culeros allí, que nos tenían que ir. Al hombre que nos amenazó lo habíamos visto antes y habíamos tenido una situación similar, en la que pasamos por un lugar y él comenzó a decir: «ya vienen los culeros, tan mal que me caen».*

He participado con mi organización en procesos con la Mesa de Mujeres Migrantes y Desplazadas. Aparte del conocimiento que una adquiere en estos procesos, también está la ayuda material que he recibido de parte de organizaciones feministas y otras instituciones que se han preocupado por personas en mis condiciones; varias veces he recibido su apoyo material y apoyo psicológico. Allí una comparte experiencias y conocimiento. Cuando una cuenta algo, otra también se identifica, y una siente que todo ese conocimiento le ayuda a resolver situaciones que a veces pasan.

Siento que me han ayudado muchísimo todos los procesos de formación que he recibido, porque había desinformación en mi persona cuando llegué a la primera reunión a la que me invitaron; yo ni sabía que era una persona trans, sino que para mí todos éramos gays. Allí empecé a identificar muchas cosas, a ver que la problemática con la que me enfrentaba no solo era mía, sino que éramos todas, y empecé a identificar situaciones a las que me he enfrentado como mujer trans a las que también se enfrentan las mujeres cis. Ha sido de mucha ayuda estar presente en estos procesos de formación, porque como la palabra lo dice, es para formarme como persona, como defensora de derechos humanos y defensora de las mujeres y mujeres trans. Yo las englobo a todas, a las mujeres trans y mujeres cis.

He notado más aceptación, no de toda la gente, pero ahora, cuando salgo al centro para hacer algún mandado, ya no es como antes, que estaba la gente riéndose y burlándose. Ahora siento que eso ha bajado un poco; ya como pronombre para mí usan la palabra ella. En todo este tiempo de pandemia solo una vez en el mercado me agredieron, tirándome una fruta podrida.

Cuando se está pasando una situación difícil siempre hay que buscar ayuda, porque a veces desconocemos muchas cosas y para todo hay salida. Al final, como popularmente se dice, lo único que no tiene solución es la muerte. Por muy encerrada que una se vea, por muy mal que una se sienta, si está atravesando por situaciones muy difíciles, como lo que me ha sucedido a

mí, o por violencia intrafamiliar o maltratos verbales o físicos, siempre lo mejor es buscar ayuda de personas que ya tengan el conocimiento para lograr identificar cuáles son los factores que están afectando o interviniendo, para tener ese apoyo psicológico si es necesario para lograr salir adelante, porque no es fácil

No es de la noche a la mañana que una está pasando situaciones difíciles y van a cambiar, pero cuando se busca a las personas correctas y ayuda profesional, o apoyo en organizaciones o grupos, va a ir viendo los cambios. Ya después una va a tener la manera de identificar y vencer sola todos esos malos momentos, esos factores de riesgo que quizá en algún momento puedan hacer que nos sintamos mal. Pienso que buscar ayuda profesional es la mejor manera y no tener desconfianza.

A veces, las mismas ganas de luchar y de demostrarle al mundo que ser trans no es malo es lo que me mantiene en pie, porque no es llevarle la contraria a la gente, sino demostrarle al mundo que no tiene nada de malo ser trans, no tiene nada de malo ser gay, no hay nada de malo ser como eres, porque es tu vida y la gente lo tiene que respetar. Yo siempre he dicho: yo no quiero que vos me aceptés, simplemente te pido respeto, que cuando yo pase, si no me aceptás, pues me ignorés, así como yo ignoro muchas cosas. Yo no me meto con nadie si no es conmigo, entonces no me interesa meterme con las demás personas. Sería muy diferente si todos dejáramos de lado lo que no nos debe importar y solo respetar.

Yo desde la escuela pasaba diseñando, llenaba mis cuadernos haciendo eso; mis compañeras se los llevaban, así pequeñitos, o también les tomaban fotos. A veces todavía me pongo a dibujar, todas ideas mías, no haciendo copias; me gusta diseñar y creo que uno de mis mayores sueños es tener una boutique, que digan que yo puedo hacer la ropa y cambiar la mentalidad de la gente; tener mi propia línea y el reconocimiento de que yo hago y diseño, no comprar cosas de fuera, sino todo hecho aquí.

Entonces, así estoy, poco a poco. He averiguado y hay un curso de diseño de Pedro Alarcón; es en otro lado y hay que pagar mensualidades, pero he estado ahorrando, y quizás lo pueda lograr en uno o dos años. Nunca es tarde para cumplir los sueños. Voy a hacer lo que pueda hacer, siempre. No quiero que digan de forma peyorativa: la ropa donde aquel maricón, sino que digan: donde aquella muchacha que hace cosas bellas, que vean más allá de las preferencias, que vean la calidad de persona y del trabajo.

No sueño tanto con un matrimonio igualitario, una ley de identidad de género, pero en este país lo veo imposible, debido a que hay mucha gente religiosa y toman esos temas como si les diera una bofetada. Se te vienen encima con todo, a insultar y maldecirte por un comentario que una diga en redes sociales. Pero, más allá de eso, sí sería algo que me encantaría: una ley de identidad de género para cambiar mi documentación en el nombre, pero lo veo casi imposible en este país. Si una no puede luchar por eso, queda luchar por los sueños que una tiene, y uno de mis mayores sueños es tener cómo vivir mi vida.

*En lo personal, todos queremos ver bien a nuestras familias, a nuestros padres principalmente, y nada mejor que hacerlos sentir orgullosos y darles lo que realmente se merecen. Quizá mi historia sirva para motivar a alguien que tal vez esté atravesando situaciones aún peores. Todos y todas atravesamos momentos difíciles, y ojalá esto sirva de inspiración para que luchemos.*



## Nataly Zelaya Ortega

Soy Nataly Zelaya Ortega. Nací el 1 de noviembre de 1971 en San Pedro Sula, regresé de España hace un tiempo.

*Me tuve que ir de Honduras porque presencié la muerte de una compañera trabajadora sexual en las calles. Un cliente la sacó, como típico cliente que llega a buscar nuestros servicios. Se fueron una cuadra abajo a hacer lo que iban a hacer, y en cuestión de segundos se escucharon unos gritos.*

Con otra compañera que estábamos en la calle trabajando, bajamos, pero ella ya estaba casi muerta, no respiraba, estaba inconsciente. Entonces llamamos a la policía para notificar lo que estaba pasando. En ese momento, yo no di mi nombre por cuestiones de seguridad y miedo. Pero esa misma noche la policía llegó, y nos dijeron que la compañera había muerto mientras la llevaban al hospital Catarino Rivas. Un policía me enseñó las fotos y preguntó que si estábamos dispuestas a declarar. De mi parte dije que sí, y me citaron para el siguiente día.

Acudí a mi entrevista a las autoridades policiales y justicia. Pasó aproximadamente un mes cuando fui citada al juicio. Ya estando en el juicio, en el careo con el hombre, yo con mi traje de protección para que no me reconociera, al ser testigo protegido, vino el hombre cuando yo estaba dando mi parte de los hechos y se levantó a darme una bofetada delante de la jueza. La jueza pidió a los agentes que me sacaran. Me llevaron a la casa, y dos semanas después recibí una notificación y cartas del donde me decían que, debido a lo que yo había presenciado, me podían ocurrir cosas, porque la persona involucrada tenía familia que eran mareros, y que yo debía salir de emergencia del país.

En ese momento, yo estaba desligada de las organizaciones, pero en años anteriores había trabajado en organizaciones LGTBI, siempre en defensa y promoción de derechos humanos y casas de recuperación para personas LGTBI en abandono. De una de las organizaciones me llamaron y me dijeron que debía salir del país porque corría peligro. Yo no quería irme, nunca en mi mente había pasado la idea de salir de esa manera. Ni siquiera me pude despedir de toda mi familia.

A mí me afectó tanto ese suceso que al siguiente día dejé el trabajo sexual, que era mi única fuente de ingresos, y después de un mes tuve que salir del país. Primero me moví para Santa Bárbara, donde mi mami; luego tuve que regresar a San Pedro Sula, a otra colonia, porque me enteré de que esa gente andaba averiguando dónde vivía mi mamá, querían ir contra ella, y yo tuve que desligarme un tiempo de ella por eso: cero comunicaciones, cero visitas, cero de todo. Yo pasé cambiando de colonias en San Pedro Sula para que no se enteraran en dónde estaba. Para mí fue bien difícil decirle a mi madre, a mis amistades, que me tenía que ir, aunque yo no quisiera.

Luego, mi experiencia en España no fue muy grata tampoco, porque yo llegué sin saber a dónde iba, cómo hacer todo el proceso de solicitud de protección internacional.

*Yo me fui con un paquete de viaje turístico, y solo tenía hotel por una semana. Me di cuenta hasta que estaba en España, en la última noche que tenía reservado hospedaje. La muchacha del hotel me dijo que podía solicitar ayuda a la Cruz Roja y el Ministerio del Interior. Fui y gracias a Dios resolvieron mi caso. Me dieron dónde quedarme tres días más, y luego me trasladaron de Madrid a Valencia, con la ayuda de una organización para refugiados en España.*

Allí estuve aproximadamente seis meses. Durante ese tiempo podíamos salir media hora a integración social, que era eso, integrarnos a la sociedad. Desgraciadamente, no tenía ni tres meses de haber llegado a España cuando fui agredida en una calle. Venía caminando cuando dos tipos, creo que eran rumanos, me quebraron mi clavícula izquierda. Yo pensé en que era sorprendente, que ni en mi país me había pasado algo así por defender derechos, acompañar compañeras a resolver sus casos, etcétera, y me pasaba en España, donde supuestamente hay leyes para la comunidad LGTBI; pero es que no incluyen a las transmigrantes. Pensé que llegaba a un país avanzado en leyes de las que en Honduras carecemos, creía que la vida iba a ser diferente.

Luego de los seis meses en el refugio, me dijeron que estaba lista para volar, y tenía tres días

para abandonarlo e integrarme a la sociedad española. Empecé a buscar trabajo, pero me topé con que todos los estudios que había sacado en Honduras (mi primaria, soy perito mercantil, soy licenciada en periodismo, tengo conocimientos en belleza, soy enfermera sin título) en España no me valían nada; era como volver a nacer. Yo ya tenía 47 años, para mí era muy difícil estudiar, y en España si una persona no tiene título del continente europeo no puede optar a un trabajo; a eso, sumar la limitante de tener que contar con un permiso para poder trabajar.

En el primer año me llamó un doctor de Honduras para notificarme que mi mami tenía que hacerse una operación de cáncer en el estómago, que era de vida o muerte, y que debía estar yo presente, porque mi otra hermana está en Estados Unidos y no podía viajar. Yo no pude venir porque el gobierno me limitó muchas cosas. Por la situación que pasaba, tenía que estar en España por lo menos dos años, o tenía que renunciar a los beneficios de la protección internacional. No pude viajar.

Durante mi estancia en España tuve que sacar muchos cursos para poder trabajar e integrarme. Saqué cursos para cuidar personas mayores, otro para cuidar mascotas, para el cuidado de personas en casa, uno de camarera; me pasé ocho meses estudiando después de salir del refugio. Trabajaba para sobrevivir y dormía en casas de amigas. En los primeros seis meses me pagaron un piso con alimentación. Metí solicitudes de trabajo por aquí y allá, hasta que conseguí un trabajo de camarera en un bar. Me sostuve un tiempo; después estaba sin empleo y acudí a la Organización Internacional de las Migraciones (OIM). Estaba la opción de retorno voluntario, y la tuve que tomar, obligada por las condiciones de salud de mi madre. Regresé el 10 de abril de 2019.

A raíz de mi regreso de España a Honduras, tuve problemas con chicas trabajadoras sexuales porque yo no tenía ingresos, y mi única opción era el trabajo sexual. Empecé a ejercerlo y muchas chicas se enojaron, porque decían que no tenía necesidad, si se me había dado el lujo de ir a España dos años y regresar, por qué no podía quedarme en casa y sobrevivir. Por eso me agredieron físicamente; me dieron con un pico de botella, casi me dejaron ciega, me quedó la cicatriz. Puse la denuncia con el acompañamiento de una organización que ya me había ayudado antes. Me agredieron dos chicas trans y unos pandilleros de una mara. Eso sigue impune.

Desde mi regreso de España hemos pasado por la pandemia y los huracanes Eta y Iota. Yo estaba de empleada doméstica y me quedé sin trabajo, pero, nuevamente hubo instituciones amigas que me ayudaron con alimentación, medicamentos, cosas de bioseguridad; ya en mi pago de apartamento tuve que vérmelas. Mi hermana costó los gastos de mi madre, incluso me apoyaba a mí en lo que podía. Después empecé a desarrollar actividades puntuales con una de las organizaciones, para las que me daban un estipendio, y así sucesivamente fui progresando. Ahora soy voluntaria. No tengo salario fijo, pero sí estipendios que me ayuda al día a día.

De estas experiencias, la lección positiva para mí es que adquiriré más fuerzas para seguir en la lucha y promoción de los derechos humanos de la población trans en Honduras, en específico en San Pedro Sula. Todo lo que pasó, irme fuera, mi estancia y mi regreso a Honduras, me han hecho más fuerte para seguir firme con mis decisiones. Yo digo que cuando algo nos tiene que pasar nos pasa y ya, pero eso me dio más fuerza.

Uno de los sueños, por el que venimos luchando muchas, es la Ley de Identidad de Género. Era una persona migrante en España, pero también me siento una persona migrante en Honduras, porque he tenido varios problemas con lo mi documento legal, ya que aparece el nombre con que me inscribieron, y mi identidad de género no concuerda con mi nombre; he tenido problemas en bancos, al momento de buscar un trabajo, que se me niega por mi identidad de género.

Y pienso yo, quizá soñando muy grande, que al ser aprobada la Ley de Identidad de Género vamos a tener más oportunidades las chicas trans, para no solo ejercer el trabajo sexual, sino también tener una salud integral digna, acceso a una vivienda. Mi expectativa sería tener un trabajo fijo para contar con una cantidad de dinero que voy a recibir al mes y administrar para que rinda, y así apoyar a mi mamá. Todos mis planes giran alrededor de mi madre.

Quisiera que se conozca la realidad de lo que vivimos las mujeres trans en Honduras, ya dejar de maquillar informes, presentaciones, que es evadir la realidad que nos golpea día a día.

Hablar de nuestros casos no es fácil, pero lo hacemos para que llegue a manos u oídos de otras personas y se sientan con el valor de seguir adelante; que nuestras historias y nuestra realidad sirvan para que las generaciones futuras no sufran lo que una ha sufrido, que ya no haya más estigma ni discriminación.



## Rihanna Ferrera

Soy Rihanna Ferrera Sánchez. Nací en Tela el 2 de febrero de 1988. Allí estudié, y durante toda mi época de colegio sufrí discriminación. También la viví en el ámbito familiar. Si yo llegaba con amigos de la comunidad LGTBI, mi familia los agredía, los golpeaban, y me decían que no podía traer ese tipo de gente a mi casa. Me fui de mi hogar para irme a la casa de una amiga; ella me brindó techo y yo empecé a laborar en una tienda de ropa en Tela, donde gané dinero para culminar mis estudios. La familia de mi amiga habló con mis familiares para que me aceptaran, pero no era fácil.

*Viviendo con mi familia, yo empecé a dejarme crecer el cabello, las uñas; me perforé las orejas. Recuerdo cuando llevé a un compañero a la casa y mis primos lo golpearon, diciendo que culeros allí no querían; trataron de levantarme la mano, pero una prima los detuvo.*

Unas tías siempre han rechazado mi identidad de género. Aceptaban que mi hermana fuera lesbiana, que hubiera una mujer trans, pero a mí no me aceptaban.

Finalmente, me gradué y comencé a trabajar como directora en una escuela, donde fui al mismo tiempo era docente. Fue un proceso difícil, porque la directora regional me discriminaba. Toda mi vida en Tela era tema de rechazo. No existían organizaciones en ese lugar que tocaran el tema LGTBI, pero mientras me desempeñé en esa escuela logré demostrar la forma de educar a mis alumnos y todo lo aprendido. Un comité llegó, y se llevaron la sorpresa de todo el trabajo que realizábamos. Aun así, la directora regional decía que no era posible que un homosexual hiciera las cosas bien, y en las reuniones de direcciones siempre yo era la señalada. Eso me llevó a trasladarme de Tela a Tegucigalpa, en el año 2009.

*Otro aspecto que me llevó a desplazarme fue la violencia. Yo me llevaba con dos compañeras, y una de ellas fue asesinada. Para mí fue impresionante, porque luego a la otra compañera le mandaban mensajes de amenazas. No sé quiénes mandaban los mensajes, pero era algo bien fuerte. Debido a eso tuvimos que separarnos, ya que mi amiga decía que si andábamos juntas nos podían hacer algo, que era mejor evitar salir.*

Tiempo después, me pararon unas personas que se trasladaban en bicicleta, y también unos policías, que me mencionaban el asesinato de una persona que sufrió torturas: le sacaron los ojos, las uñas, le encontraron torturado y asesinado en la carretera a Ceiba. Desde allí inició una persecución contra mi persona, porque decían que ese muerto era una de las personas que andaba buscando a mi amiga y a mí para matarnos, que él había sido cómplice en el asesinato de mi amiga asesinada. Yo no tenía nada que ver con eso, y se lo dije a la policía; sin embargo, llegaron a la casa para preguntar por mí.

Por esas situaciones me vine, sin conocer nada de aquí, pero es que en ese entonces yo no sabía que existían mecanismos de apoyo. Lo que hice fue recoger dinero para venirme. Hablé con mi hermana, que en paz descansa, para tener dónde vivir, y así hice mi traslado. Esto pasó entre los años 2006, 2007 y 2008. En el 2006 llegaron a la tienda de mi tía, y luego ella me dijo que no podía yo seguir viviendo allí; habló con mis tíos y ellos me pasaron a trabajar en la escuela. Un grupo delictivo se reunió alrededor de mí cuando estaba en una discoteca, y me comenzaron a amenazar y a quererme golpear. Me sacaron y me dijeron que me fuera, que si volvía me iban a matar; entonces me fui y no volví a ese lugar que era una discoteca. Por todas esas situaciones llegué en junio de 2009 a Tegucigalpa, sin saber que se vendría el golpe de Estado.

A mis familiares nunca les interesó mi situación, salvo mi hermana, que nunca se dio cuenta porque yo solo le dije que quería venir a estudiar. Nunca le hablé de esas situaciones que viví para evitar más riesgos; hasta ahorita empiezo a hablar de todo esto. La única persona que sabía es un hermano, que me dijo que si era por mi seguridad estaba bien que me fuera y que estudiara. Él siempre me dice que siga estudiando y que le eche para adelante porque yo puedo, y que no importa lo que me diga la gente.

Tengo una trayectoria de varios años en defensa de derechos humanos. Con nuestra organización, Cozumel Trans, junto a otras organizaciones, fuimos pioneras en la creación de la Mesa de Mujeres Migrantes y Desplazadas. Soy parte de la Comisión Interinstitucional de Protección a las Personas Desplazadas por la violencia.

*Agradecemos nuestra inclusión en estos procesos como mujeres trans, mujeres lesbianas, personas de la diversidad. Estamos participando en un proceso de formación en temas de desplazamiento, con base en una investigación que se realizó hace unos años atrás, en la que también participamos. Actualmente, estoy terminando la carrera de Derecho para crear un centro educativo para personas en situación de vulnerabilidad.*

Hoy, contamos con organizaciones e instituciones nacionales e internacionales que acompañan y apoyan en el tema de desplazamiento forzado; se reconoce que el desplazamiento forzado por violencia es un delito. Yo lo viví hace mucho tiempo atrás y nunca lo miré como un desplazamiento forzado, sino como algo normal, el que me tuviera que mover por mi seguridad, porque en aquel entonces no se tocaba el tema. Les diría a las personas que viven este tipo de situación que sepan que cuentan con apoyo, que no se queden calladas, que hagan lo que tengan que hacer para poder romper ese silencio y ese miedo que enfrentan, y así, poder erradicar este desplazamiento.

En el futuro me veo como una mujer política. Sueño con culminar mi carrera universitaria, poder tener mi bufete donde trabajar, crear el centro educativo para apoyar a las personas, y lograr el reconocimiento legal y leyes a favor de la comunidad LGTBI.



## Grisel Espinoza

Me llamo Grisel Espinoza García. Nací en Tegucigalpa el 7 de junio de 1975. El 1 de febrero de 2021 tuvimos que irnos de Tegucigalpa con mi esposo e hijos; primero a San Pedro Sula, luego a Olancho, y después nos regresamos, pero a un lugar alejado de donde vivíamos antes.

*La razón para tener que irnos fue que un hombre salió de la cárcel y amenazó a mi esposo de muerte. Por eso sacamos lo que pudimos de la casa y nos fuimos con mis hijos. Fue impactante, porque nunca pensé pasar una situación así, jamás.*

Estábamos con una muchacha haciendo pan en la casa, porque en mi casa hacemos pan y pasteles. Ese hombre mató al mejor amigo de mi esposo, y de allí nos llegaron a avisar que el que seguía era mi esposo. Vino una persona que nos quiere mucho y nos dijo que ese hombre nos quería hacer daño. Yo la fui a dejar, y *al regresar, mis hijos tenían todo recogido en cobijas. Eso fue triste y doloroso, porque tuve que dejar solo a mi papá de 79 años, a mi hija, que ya iba a parir. Nos fuimos a la media noche. Yo me sentía a la deriva, con tristeza, dolor, angustia, zozobra.*

Para toda la familia ha sido muy difícil. Mi esposo es barbero, pero ya casi no trabaja en su oficio. Yo sigo haciendo pasteles y pan, pero no es lo mismo; ahora uno pasa más pendiente de la calle, de ver quiénes son las personas que vienen. Afecta en todas las áreas porque uno se hace bien desconfiado, es como si cada persona que venga nos va a hacer daño. Ya uno no quiere conversar, no hay confianza con la gente. Mis hijos están fuera de Tegucigalpa. Mi hija mayor no vivía con nosotros, y ahora solo viene a visitarme al lugar donde hago pan. Aunque no hemos recibido más amenazas por el momento, igual el temor está allí.

La lección positiva que puedo mencionar de esta experiencia es que uno se hace más fuerte. Al principio tenía más temor, pero por lo que uno pasa como que se aviva, se despierta, porque a veces vivimos en un entorno donde creemos que no hay gente mala alrededor. Otra cosa positiva es que mi esposo me dijo que me iba a poner mi negocio y ahora estoy aquí haciendo pan; eso me ha ayudado a distraerme y no estar solo recordando a ese hombre.

Confío y espero que en el futuro estemos bien todos. Yo sé que Dios nos protege y no sucederá nada más, nada malo ni para mí, ni para mi esposo, ni para mi familia. Mi consejo para las mujeres que pasan una situación similar es que se aferren mucho a Dios, y que si tienen con quién hablar lo hagan. Agradezco a la organización que me ayudó en ese momento y a la iglesia. Guárdense ustedes y su familia, tengan cuidado con la gente a su alrededor, porque uno nunca sabe quiénes están cerca.



## Marleny Ruíz

Me llamo Marleny Ruiz. Nací en 1992 en Curarén, Francisco Morazán.

En el 2011 a mi papá lo mataron en la colonia donde vivíamos, en Tegucigalpa. Nosotras con mi mamá denunciarnos y nunca se hizo nada. Pasó el tiempo, y algunos de mis hermanos se refugiaron en vicios. Yo tuve que dejar mi sueño de estudiar, porque me dediqué a ayudar a mamá. En 2020 la violencia nos volvió a golpear, y nos tocó cambiar de vida, desplazarnos de nuestro lugar y perder todo nuestro trabajo; lo dejamos todo.

Fue un sábado cuando escuché a una vecina decir que iban a matar a mi hermano, pero nunca pensé que eso iba a ser cierto. Yo en ese momento estaba de luto, porque habían matado al papá de mi hijo, y yo tenía un mes de embarazo. Como a las diez de la noche llegó mi sobrino a decir que estaban matando a su tío. Fuimos con mi mamá, y ella se desmayó al ver el cuerpo de mi hermano baleado; estaba deshecho. Yo cerré los ojos de mi hermano.

*Lo enterramos, y en su velatorio había miedo. Sabíamos que los que lo habían matado podían llegar y pasar cualquier cosa. A la vela llegó la policía a pedir información, pero no quisimos darla.*

El lunes, teníamos que continuar, pero mi otro hermano nos dijo que no saliéramos y que cuidáramos a los niños. Él salió y luego escuché tiros por mi casa. Me asusté y cerré la puerta de la casa. Yo estaba con mi hermana, y le dije que tomara las niñas y saliera de allí. No sabía qué estaba pasando, pero les decía que se fueran, salieran de allí y se escondieran en la casa de la vecina. Mi hermano recibió casi veinte balazos en su cuerpo. Habíamos enterrado a mi hermano el domingo y el lunes nos mataron a mi otro hermano, y ni siquiera sabemos por qué.

La policía llegó, pero no quisimos dar papeles ni información porque desconfiábamos de todo. El miedo se había apoderado de nosotros.

*Mi hermano pequeño dijo que nos teníamos que ir a una hora que la gente no nos mirara salir, que alistáramos las cosas. Salimos de uno y de dos en dos, sin llevar nada, solo la ropa que andábamos y papeles. Yo quería salir, correr, saltar, tener algo para defender a mi hermano. La gente no me dejó. No puedo olvidar su imagen en esos momentos, la tengo en mi cabeza, el tiroteo que se escuchaba y solo era contra él. Llegaron policías y periodistas, pero no quisimos darle información a nadie, estábamos muy mal.*

Nos fuimos a la casa de mi tía, y veíamos a esa gente pasar con pistolas, viendo si de la casa se denunciaba, pero nosotros lo que queríamos era salir de esa colonia, y no podíamos salir porque allí no hay ley. Pasamos la noche donde mi tía. Había gente que nos seguía dentro de la colonia. Necesitábamos salir de allí. Escuchamos que iban a matar a mi hermana la pequeña, porque había escuchado cuando a mi otro hermano le habían dicho quién mató al primero, y que por eso los estaban matando. Nos dijeron que si no sacábamos a mi hermana de la colonia ella iba a ser la que seguía. Esa noche salimos de la casa de mi tía. No pudimos despedirnos de mi otro hermano, sino que lo enterraron así. No pudimos regalarle ni una flor, ni una despedida; esa noche solo pudimos darle un silencio, y al día de hoy no hemos podido visitar su tumba.

Nos salimos de dos en dos sin irnos todos al mismo lugar, pero siempre en comunicación con nuestros teléfonos. Mi hermano se llevó a las niñas pequeñas porque dijo que si tocaba correr él era más rápido, y nosotras íbamos con mi mamá. Cuando llegamos al punto de encuentro, a mí me estaba esperando una trabajadora social en un carro. Nosotras habíamos dejado todo botado, no llevábamos nada, solo la ropa que andábamos puesta y nuestros papeles. De las organizaciones nos dieron dinero para poder enterrar a mis hermanos y sacar lo que pudiéramos para movernos, pero ni la policía nos quiso ayudar ese día, nos dijeron que no, que era muy peligroso y ellos sentían miedo. Nos dejaron solos; la familia de mi papá también nos dejó solos.

*Recuerdo que el miedo se apoderó de mi hermana y salía corriendo, diciendo: «¡Hoy sí me voy, mamá, hoy sí me voy!»; mi mamá la detuvo y le dijo que no podía salir porque era peligroso. Una*

*Organización nos mandó a un hotel para que ese fuera nuestro refugio por mientras. Luego, nos fuimos.*

Cuando llegó la pandemia yo me enfermé. Tenía cuatro meses de embarazo y no había ni centro de salud, no había trabajo ni nada. Con mi hermana salimos a buscar trabajo, allí donde se trabaja por 100 lempiras, desde las siete de la mañana hasta las siete de la noche. Algunas organizaciones nos mandaron algo de ayuda económica, nos mandaban canasta básica para poder sobrevivir. Cuando se acabó el dinero nos enfrentamos a la pobreza, a las enfermedades. Las niñas pasaban con diarrea. Tocaba comprar barriles de agua, pagar alquiler. Yo estaba embarazada y con alergias. No había dinero para ir a la clínica, pero mi mamá cayó enferma y el poco dinero que tenía se me fue en ella. Después fui yo la que cayó enferma, y me dijeron que podía perder mi bebé. Yo solo me puse a llorar.

Otra organización nos ayudó en ese momento. Llevábamos cinco días sin comer y solo nos quedaba una bolsita de arroz. Para atendernos en el centro de salud caminábamos tres horas para llegar y tres horas para regresar. No había medicinas, así que como íbamos regresábamos, sin nada. No aguantamos, nos tuvimos que venir de nuevo a Tegucigalpa. La opción que me dieron de la otra organización era hacer una entrevista para pedir un asilo político. Yo no lo pensé, lo hice por mi familia y ayudarme yo, porque estamos en peligro en el país. Estamos esperando todavía el proceso. Ellos nos mandaron alimentación, y eso nos ayudó mucho en ese momento. Nos regresamos a Tegucigalpa, pero a un terreno en otra colonia que mi papá le había dejado a mi mamá, con una casita. Cuando llegamos la encontramos desecha. La primera noche nos quedamos bajo un toldo.

Mi hermana y yo en un momento nos queríamos regresar a nuestra colonia; extrañábamos nuestra casa, pero allí no podemos volver. Mi mamá nos dice que si nosotras vamos otra vez allí nos van a matar, que hay que olvidarnos de esa casa, que en todos lados se puede sobrevivir. Pero es difícil olvidar, porque allí crecimos. Yo allí dejé mi trabajo, mis actividades. Yo era investigadora comunitaria, orientaba a mujeres, apoyaba a otras jóvenes que sufrían abuso y violencia. Nosotras éramos investigadoras que trabajábamos desde nuestro territorio, desde nuestras colonias, ayudando a otras mujeres, protegiéndonos entre nosotras.

Cuando pasó todo eso, yo dejé todo. Dejé el trabajo que teníamos de llevar semillas a nuestros huertos, porque además de empoderar a mujeres y jóvenes frente a violencias también estaba esa parte de economía en nuestros territorios, con los huertos.

*En nuestras colonias muchas veces hay cosas que pasan y allí se quedan, porque no hay nadie que pueda ayudar a las personas. Hay muchas jóvenes que son violadas y necesitan a alguien que las ayude, que las escuche. Por eso tenemos una Red Comunitaria, donde sabemos lo que pasa en nuestras colonias con la niñez, con las mujeres, con las amas de casa. Tratamos de que las mujeres puedan salir de las relaciones donde las maltratan.*

Nosotras tratamos de concientizar sobre la violencia allí dentro de nuestro territorio, pero yo nunca pensé que iba a vivir esa violencia; nunca pensé que iba a ser desplazada de mi casa, que iba a tocarme a mí, recoger los cadáveres de mis hermanos. Yo nunca pensé que iba a ver cómo recogían el cadáver de mi papá; nunca pensé que me iba cambiar toda mi vida. Nunca pensé que todo eso nos iba a cambiar como familia.

Cuando llegamos a esta nueva colonia, comenzó a llamarnos gente extraña por medio del número de mi hermana, preguntando dónde vivíamos, que ellos iban a dar información de cómo habían matado a mi hermano; pero era más bien como tratando de investigar dónde vivíamos, tratando de seguir las pistas para saber dónde estábamos. En ese momento le dije a mi hermana que tomara capturas de pantalla, porque borraban los mensajes, y todos eran demasiado fuertes contra mi familia. Después la bloquearon y ella no pudo tomar capturas. Yo le digo que no debe confiar en nadie, porque al final no sabemos si una persona está de tu parte o en tu contra. La vida le enseña a uno a ser inteligente, al pasar lo que hemos pasado.

Cuando estábamos en El Progreso, un policía me llamó y me preguntó que cuándo íbamos a ir a Tegucigalpa. Él era investigador del caso de mis hermanos. Me dijo: lo único que tenés que

saber es que dieron veinte mil lempiras por las muertes de ellos, diez mil por cada uno. Me dijo que hubo ese dinero de por medio, y que sabían quiénes lo hicieron y quiénes lo dieron. Me dijo que me podía decir al vernos, pero nunca lo vi, porque no sé si es alguien conmigo o contra mí. Yo solo sé que en eso hay manos grandes, una organización grande.

No sé de dónde los mandaron a matar a ellos, solo sé que sí hay testigos. En el momento que mataron a mi hermano se miraba mucho movimiento; yo vi a una joven que pertenece a una mara, y ese día estaba mirando mi casa, viendo quién entraba y salía. Yo le dije a mi mamá, pero como estábamos velando a mi otro hermano, la familia no hizo caso; ese día se acercaba mucha gente. A mí antes se me acercó un muchacho de la mara; a mi mamá le había preguntado por mí, pero para mí el miedo no existía cuando había perdido al papá de mi hijo. Yo comencé a volver a tener miedo cuando miré a mis dos hermanos muertos, uno un sábado y el otro el lunes siguiente. Ya no nos interesa que nos den información, no queremos que la gente sepa dónde vivimos, solo queremos proteger a nuestra familia.

Yo no creo en la justicia. Para mí no hay justicia. A mi papá lo perdimos en 2011, y no me quedé callada, sino que empecé a exigir justicia por él; pero pasaron los años y no se hizo nada. Si hubiera ley, creo que mis hermanos no estarían muertos. Cuando mi hermano cumplió tres meses de muerto, me llamaron para avisarme que ya estaba en la cárcel la persona que había matado a mi papá. Yo en ese momento tuve que pedir permiso en el trabajo porque me sentía mal, se me había revuelto todo lo que pasé y no podía respirar. Me fui a mi casa a encerrarme a mi cuarto para llorar.

Uno de los hombres que lo mató estaba preso y el otro murió de cáncer. Todavía no lo han condenado. Querían que mi otro hermano fuera a enfrentarse cara en cara a juicio, pero yo le dije que no, que después le podían hacer algo, y quién lo iba a proteger. Él es el único varón que nos queda y ayuda a mi mamá para sostener la familia; ¿cómo lo querría exponer a él, sabiendo lo que ha pasado? Mi hermano decía que había dos opciones, que él fuera o que el asesino quedara libre. Gracias a Dios, el fiscal pudo ver la situación de mi hermano y le dijo que no lo iba a exponer, porque ha perdido mucho.

Ahora vivimos en otra colonia, en una casita de tabla donde se nos mete el agua. No tenemos agua potable, dormimos en un colchón en el suelo. Todas nuestras cosas se quedaron en la colonia. Estamos comenzando a construir un hogar desde cero, sin tener nada de lo que tendríamos que tener. Todos dormimos en la cama de mi mamá. Ella dice que hay que aprender a soportar, sobrevivir; vamos a sobrevivir.

*Yo ya no quiero recordar ni sentir dolor. No quiero que las imágenes que llevo en mi mente me sigan dañando. Hay momentos en que trato de correr, salgo a correr en la noche hasta olvidar. A veces me digo: la vida es así, tengo que entender que estamos en un país donde hay tanta violencia, un país donde nos dañan y no hacemos nada, donde gritamos y no nos escuchan. Somos nosotros los que sufrimos el entorno de la violencia.*

Sabemos que no podemos pedir justicia porque no hay, y tenemos que migrar a otras colonias por miedo, porque no queremos perder más familiares. Nos acostumbramos a vivir así, no podemos exponernos al peligro.

Aquí donde vivo ahora también hay peligro. Antes íbamos a lavar a una laguna, pero ya no vamos porque se ha convertido en un lugar de violaciones de jóvenes. Yo fui con mi mamá una vez, y veo a un hombre desnudándose y viéndome, mientras mi niña de dos años estaba desnuda. Corrimos. Acá no hay leyes, en esta colonia ni posta hay. Lo que acá se ve, se calla.

El proceso de solicitud de asilo que empezamos puede tardar entre uno y dos años. Ahorita nos están ayudando con alimentación, pero los recursos no los cubren; por ejemplo, nosotros no tenemos ni servicio sanitario, pero tratamos de aguantar y estar aquí porque no queremos perder a nuestra familia, porque no nos queremos exponer en el peligro porque igual estamos solos porque no hay ley, no hay nada.

Mi mami ha quedado mal psicológicamente, mi hermana pequeña mal también, todos hemos quedado mal. Al día de hoy no podemos ni dormir. Hasta las dos de la mañana llegamos a dormirnos, porque todos quedamos con eso, nos dañó mentalmente. Hay momentos en que trato de salir de allí, de no pensar en eso para que la tristeza no se apodere de mí. Trato de recordarlos a ellos en sus momentos felices, trato de borrar lo que he visto. Trato de borrar esas imágenes, de no pensar en que tuve que juntar los dedos cortados de mi papá. Aunque pasa el tiempo, yo vuelvo a revivir este dolor con mis dos hermanos, recogiendo pedazo a pedazo sus cuerpos. Mi bebé casi se me vino dos veces a los seis meses; nació a los

ocho meses. Mi mamá sufrió bastante. No es fácil sobrevivir a estos recuerdos. A pesar de los defectos, éramos una familia unida: ahora solo queda cuidarnos unos a otros de los que estamos.

Para poder salir adelante tenemos que vivir el dolor, llorando, vivir y ver la realidad, aunque lo más doloroso sea sentir que ya no podemos hacer nada, que ellos ya no están; pero podemos quedarnos con los buenos recuerdos. Al final, el dolor nos hace sentirnos fuertes, con el dolor perdemos el miedo.

Mi futuro es sentirme bien, tener casa estable, cambiar mi vida y no recordar lo que pasó. Tratar de dejar atrás lo que he vivido y sanar un poco mis heridas, olvidar aquellas imágenes que tengo en mi mente; darles una buena educación a mis hijos. Yo digo que tengo que salir adelante porque tengo a mis hijos y a mi mamá.







Proyecto: **«Mujeres que caminan: otras miradas, otras propuestas»** para la promoción/sensibilización sobre los resultados de la: «Investigación sobre violencia sexual y femicidios como causas del desplazamiento forzado: ¿Es el desplazamiento forzado otro ejemplo de la feminización de la violencia en Honduras?».



Grupo Sociedad Civil

**Colonia Altos de la Elvel, casa # 9, Tegucigalpa, D.C. Tel. 2262-9818**

[gschnblog.wordpress.com](http://gschnblog.wordpress.com)    [gscivil.comunicacion@gmail.com](mailto:gscivil.comunicacion@gmail.com)

 [gschonduras](https://www.facebook.com/gschonduras)